

## **La literatura en el folklore (Los cien años de Jaime Dávalos)**

*Santiago Sylvester*

En el año 1950, y posiblemente el 2 de Febrero, día de la Candelaria, como se llama a la Virgen en muchos pueblos de Salta, cambió el rumbo del folklore del Noroeste argentino. Esto ocurrió en la finca La Isla, por entonces de Gustavo Marrupe, conocido como Poncho, cuando se reunieron en un almuerzo Eduardo Falú y Jaime Dávalos y compusieron la Zamba de la Candelaria.

Ese fue el momento en que la canción folklórica del Norte se renovó de una manera evidente al recibirla más actualizada poesía de la época. Hasta entonces predominaba en la canción de la zona una cierta ingenuidad literaria, que se puede ver incluso en zambas tan queridas como la López Pereyra, que funcionó de hecho, durante años, como algo parecido a un himno local en mi provincia.

En medio de esa ingenuidad literaria llegó Jaime Dávalos, armado con Neruda, García Lorca y Miguel Hernández, y escribió:

Nació esta zamba en la tarde  
cerrando ya la oración  
cuando la luna lloraba  
astillas de plata la muerte del sol.

El impacto fue instantáneo, y esa letra de Jaime Dávalos fue un detonante para que muchos poetas importantes, con conocimientos sobrados de la poesía contemporánea, compusieran piezas maestras que dieron al folklore del Norte una jerarquía que fue reconocida en todas partes, y que hasta hoy resultó irrepetible. El mérito de ser el primero en llevar nuevos tonos poéticos a la canción popular, le pertenece sin discusión: metáforas y giros que fueron adoptados de inmediato por los creadores del momento; y esto fue tan eficaz y es tan visible que, desde entonces, algo de aquellos poetas sigue dando vueltas en el cancionero. Poetas como Manuel Castilla se sumaron con músicos notables como Gustavo Leguizamón o José Juan Botelli, a los que hay que añadirlos conjuntos y solistas que conocemos todos. En el origen de esa renovación está aquel almuerzo en la finca de Poncho Marrupe, cuando Falú y Dávalos compusieron la Zamba de la Candelaria.

Este año se cumple un siglo del nacimiento de Jaime Dávalos, y aquel almuerzo, con sus consecuencias, sería suficiente para recordarlo, por la incursión favorable que hizo en este caso la literatura en el folklore.

En la década del '60 del siglo pasado, cuando yo estudiaba en la Facultad de Derecho de Buenos Aires (por entonces no había Universidad en Salta), el azar organizó las cosas para que, durante un año, conviviera con Jaime en una casa de estudiantes salteños, en la calle Julián Álvarez. Además de tener con él conversaciones, discusiones, afinidades y desacuerdos, como era inevitable, pude verlo muchas veces como a uno de los poetas más dotados para la improvisación y el repentismo: era muy común que en algunas reuniones, en las que se cantaba y recitaba poemas propios y ajenos, Jaime dejara al final de la noche una ristra de sonetos dedicados a los asistentes, según el incentivo lo justificara. Conservo todavía algunos de esos poemas escritos al vuelo, con humor, con las rimas y los acentos en su sitio, que son testimonios de ese poeta que tenía mucho de juglar.

En aquella casa de estudiantes, Jaime me regaló un libro que quiero comentar. El ejemplar que tengo de *Toro viene el río* me llegó con una dedicatoria manuscrita para su padre, el poeta Juan Carlos Dávalos, en la que, además de admiración filial, manifiesta una involuntaria declaración de principios literarios: “a mi Tata, San Carlos, a cuya sombra nacen los ríos”. Se trata de una “nouvelle” publicada por la editorial Americalee en 1957 (hasta ahora, la única edición), y tiene un “Atrio” (ese es el título de la introducción) escrito por Miguel Ángel Asturias, que por entonces era embajador de su país en Argentina. No es casual que sea Asturias el valedor de este libro que está firmemente inscrito en esa línea literaria que da testimonio de la Latinoamérica rural, de la que el guatemalteco es representante insoslayable.

Tengo la impresión de que en este libro está lo mejor, el lenguaje más sólido y el mundo más completo de Jaime Dávalos, de este hombre que fue en vida la imagen del poeta andariego y trovador. Puede parecer una paradoja, ya que no se trata de poesía sino de una novela corta, pero está escrita con una prosa inmejorable que sigue vigente, con un lenguaje fuerte, con muchas expresiones de procedencia oral que están llevadas a la expresión escrita sin que en ese traspaso se haya perdido la naturalidad. Jaime Dávalos tenía un oído infalible para el giro local, los modismos y las alteraciones gramaticales de pura expresividad, además de estar dotado de instinto para reproducir los datos y códigos de su región; los llevaba al papel con la suficiente solvencia como para que conservaran la gracia, sin que cayeran en exageraciones costumbristas. Supo sacar buena literatura de esa cantera general de la que tanto abrevó, que es (y sigue siendo a pesar de los embates recibidos) la cultura popular.

Por otra parte, Jaime Dávalos tenía una buena dosis de ese conocimiento empírico basado en la observación, que sirve para saber, por ejemplo, qué uso tiene una planta o cómo es el canto de un pájaro. Él mismo se

fomentaba una capacidad para estar atento ante los hechos de la naturaleza, algo que más o menos había en las provincias: por ejemplo, cuando yo era muchacho era habitual conocer por señales que al día siguiente iba a llover. Hoy, por supuesto, esa información es mucho más precisa, dada por la televisión o por el teléfono celular.

Dávalos tenía una percepción afinada del mundo natural, y de esta suma salió ganando el único libro en prosa que publicó. Está lleno de ambientación legítima, o que suena como tal, y la recreación del habla local acierta en el tono, sin caer en la exageración que abundaba por aquella época. Su aprendizaje está llevado de la mano de buenos maestros: José Eustasio Rivera, Rómulo Gallegos, el mismo Asturias, Jorge Amado, o el reciente (reciente por entonces) Juan Rulfo: una línea de la literatura americana cuyo éxito era indiscutido, que estaba revisando con materiales propios la historia de la tierra propia.

La otra cara de la contribución literaria de Dávalos está, en mi opinión, en las coplas y, consecuentemente, en las letras de sus canciones. Por razones parecidas a las expuestas sobre su libro en prosa, en las coplas encuentra el rumbo, conoce a fondo la naturaleza de ese género, y lo utiliza con la propiedad que le otorga el oído afinado y la frecuentación de la cultura de su tierra. Quien lo haya oído contar historias, sucedidos o simples anécdotas (ciertas, inventadas o, con más frecuencia, ambas cosas) sabrá del don que lo asistía: una capacidad extraordinaria (no es un exceso el adjetivo) para poner un gracejo justo en su sitio, reparar el grito de un zorro, el andar de un pato o el canto de un chalchalero. Todo esto tenía cabida en sus coplas; que además de lo obvio, de estar formalmente bien resueltas, están respaldadas por el dominio de una cultura importante y regional.

Recuerdo algunas coplas como muestra de su buen hacer en ese género:

La guitarra se me pega  
como si fuera mi sombra,  
por eso este gusto a tierra  
con que me nacen las coplas.

Hay que ser como es el sauce  
que lo hachan, vuelve a crecer,  
y aunque lo pongan de poste  
comienza a reverdecer.

Noche de luna en la viña,  
no te animaste a querer,  
madura estaba la niña  
pero verde la mujer.

De tanto buscarle peros,  
y a los higos el carozo,

vamos dejando en la rama  
lo cierto por lo dudoso.

Al lado de las coplas, sus canciones siguen mandando sombra fresca al folklore actual. Su zamba “La nochera”, su “Vidala del nombrador” o la “Canción del jangadero”, tienen la misma fuerza de entonces, y forman parte insoslayable de aquella renovación que él mismo inició. En este punto quisiera dar mi opinión sobre una confusión frecuente, propiciada incluso por algún Premio Nobel más o menos reciente, y es que las letras de las canciones no pueden ser consideradas sin el apoyo insustituible de la música: son letras escritas *para* esa melodía, de modo que no es posible separarlas sin causarles una grave mutilación. En algunas antologías de poesía he visto incluidas letras de canciones, lógicamente sin la música, y creo que es un error. La canción pertenece a un género específico, autónomo y con una historia propia: esto implica leyes distintas y, algo más importante, una predisposición distinta por parte de quien las recibe: una cosa es oír una canción y otra un poema, cada uno tiene su propia complejidad; y quien los oye, lo sabe. Las letras del cancionero vienen sin dudas de la literatura, de ella se alimentan, y a su vez las canciones abastecen a la literatura; sus vínculos son fecundos e inocultables, pero tienen, desde hace mucho, rasgos diferenciados por sus intenciones y por el efecto de llegada. Toda canción (sea folklórica, o el aria de una ópera) se asienta en dos columnas: letra y música; y siempre son dos, nunca una sola. La canción pertenece a un género mixto, y sólo así logra ese todo estético que la caracteriza.

Intentando hacer un resumen de la presencia de Jaime Dávalos en la poesía, su género más frecuentado, yo diría que, en mi opinión, se movió con gran soltura en una poesía que no apuesta por la trasgresión, ni por la aventura literaria, sino por el hallazgo. Y en esta fórmula encontró su cauce y sus mayores aciertos poético.

Vuelvo al comienzo, a su libro en prosa, que sigue mostrando vigor y esperando lectores adecuados, como tantos libros. *Toro viene el río* se vale de una amplia y avasalladora corriente latinoamericana; y es aquí donde más he sentido, al releer después de tantos años la obra de Jaime Dávalos, la sensación de algo logrado, con mucho conocimiento de la materia narrada, y lleno de experiencia literaria y personal.

A cien años de su nacimiento es justo que se lo recuerde. Ha pasado tiempo suficiente como para advertir la importancia de su obra y rescatar lo que el tiempo y el olvido a veces tapa, incluso sin querer. Traigo su recuerdo a esta Academia, de la que su padre fue uno de los miembros fundadores, por lo que hizo, por lo que nos dejó y por lo que todavía perdura de su trabajo.